

# EL PROSCRITO

Selma Lagerlöf

Libros de  
*seda*



# PRIMERA PARTE



## ❧ CAPÍTULO 1 ❧

### Grimön

**E**n la isla de Grimön, que pertenece al archipiélago occidental de Suecia, vivía hace algunos años un matrimonio formado por dos personas muy diferentes entre sí.

El marido, unos quince años mayor que su mujer, se había caracterizado siempre por su físico poco agraciado y sus maneras torpes y lentas, y el paso del tiempo no había mejorado esas tachas. La esposa, en cambio, bella y grácil desde la juventud, conservaba el rostro, hermoso y delicado, en tan buenas condiciones que lucía casi el mismo aspecto a los cincuenta que a los veinte.

Una buena tarde de domingo, los cónyuges conversaban con toda tranquilidad a la entrada de su finca, sentados en una voluminosa roca. El marido, quien gustaba de escuchar su propia voz y tenía el don de la palabra,

se explayaba ante su mujer sobre un artículo que acababa de leer en el periódico. Esta le oía sin prestarle demasiada atención.

«Ay, Joel, Joel», pensaba. «¡Que sea capaz de sacar tanta erudición de una simple gacetilla! La verdad es que tiene una cabeza extraordinaria. Lástima que no le dé por usarla para provecho suyo y mío, sino tan solo en beneficio de los demás».

Mientras estos pensamientos la rondaban, desvió la mirada hacia la vivienda principal del caserío, una construcción bastante grande que, sin embargo, ya no hacía honor a su antigua función, pues el deterioro la había dejado en condiciones inhabitables. En lugar de allí, el matrimonio se alojaba en una casita anexa que los habitantes que los precedieron, patronos de barco durante varias generaciones, habían utilizado como cocina y despensa.

«¡Ojalá Joel hubiera tenido vocación de marino!», prosiguió reflexionando la esposa. «Si hubiera sido capitán, como su padre y su abuelo, a buen seguro que habría acumulado suficientes ahorros como para que ahora afrontáramos una vejez tranquila. Pero no, siempre se ha empeñado en trabajar la tierra. Y así nos va».

Sin moverse de su asiento, mientras su marido seguía hablando, volvió la menuda cabeza con un movimiento tan ligero como el de un pájaro y se quedó contemplando los sembrados y patatales cercanos. Las pequeñas parcelas cultivadas emergían como islotes redondos de flora entre los peñascos inmensos que, en su mayoría, conformaban el terreno de Grimön.

Todas esas parcelas pertenecían a su esposo; de hecho, no era exagerado decir que él las había creado, a base de

innumerables cargamentos de tierra y abono que fue llevando hasta la isla, con la firme convicción de que algún día sus esfuerzos serían recompensados.

«¡Cuántas molestias se ha tomado por estos terruños! Y basta que por Pentecostés se desate una tormenta de las buenas para que todo lo sembrado y plantado se vaya al traste. No; cuando se vive en un lugar como este, está claro que el alimento hay que tomarlo del mar».

De nuevo volvió la delicada cabeza. En el espacio que se abría entre la vivienda principal y la casita anexa se divisaba una franja de agua amplia y reluciente.

«Ay, el mar», suspiró. «Eso sí que merece la pena. Navegar, comerciar, ganar dinero. Si yo hubiera sido hombre, sé con certeza que me habría hecho a la mar. Por nada del mundo me hubiese dedicado a la agricultura. ¿Qué será de nosotros cuando nos hagamos mayores y ya no podamos ocuparnos del campo? Ninguno de nuestros hijos quiere quedarse aquí para ayudarnos con semejante tráfago, y no se les puede culpar por eso».

Acaso pronunciara en voz alta estas últimas palabras, pues su esposo, ocupado en narrar con todo lujo de detalles los peligros y horrores sufridos por una expedición inglesa que acababa de regresar del Ártico, se interrumpió en mitad de una frase:

—No me estás escuchando —observó, si bien a todas luces no era la primera vez que se percataba de estar hablando para oídos sordos, ya que no parecía sorprendido ni molesto.

—Claro que te escucho —le aseguró ella—. De hecho, estaba pensando en lo bien que te expresas: con ese pico de oro podrías hacerte predicador.

—No sé qué decir de ese elogio —le sonrió él afable—. Si no logro captar la atención de la única oyente que tengo ahora, ¿cómo voy a hacerlo con una congregación entera?

—¡Pero si me he enterado de todo! —La mujer empezó a incomodarse de veras—. Me has contado cómo perdieron el barco ya el primer invierno y cómo tuvieron que construirse un iglú y permanecer allí hasta el segundo año, de modo que se les acabó la comida y al final no les quedó otra que masticar correas de cuero para engañar al estómago.

Tenía resentimiento en la voz y se le acentuaba cada vez más la leve torcedura del gesto, indicativa de que no faltaba mucho para que se pusiera de mal humor.

—Me pregunto, Thala, ¿cómo será tener entre los miembros de la expedición a uno de los tuyos que se muere de hambre en la nieve? —planteó él.

Ella le lanzó una mirada rápida. ¿Había detectado tal vez un énfasis especial en estas últimas palabras? Los viejos ojos llorosos de Joel, no obstante, miraban al frente, inexpresivos.

—Bueno, si te pones a pensar en toda la gente que lo pasa mal, no disfrutarás gran cosa de la vida —repuso—. En todo caso, estos al final tuvieron suerte: los rescataron.

—Sí —admitió él—. Un barco partió a buscarlos y ya han regresado a Inglaterra.

—Y de aquí en adelante los colmarán de honores y gloria, y serán felices y comerán perdices —concluyó la esposa, quien no acababa de ver qué había de triste en una historia con un final tan dichoso como ese.

Su marido, sin embargo, continuó sin cambiar el tono grave que había adoptado:

—Esta noche he soñado con Sven, nuestro hijo. He soñado cómo se acercaba a nuestra cama para reprocharme la gran injusticia que cometí contra él. No suelo tener sueños premonitorios y no sé si este lo será. Pero ¡qué curioso que justo hoy salga su nombre en el periódico!

Esto lo dejó caer como si careciera de importancia, como si se tratara de algo que solo le concerniera a él. A partir de ese momento, sin embargo, no hubiera podido quejarse de que su mujer no le prestara atención, pues esta se levantó como un resorte y, con timbre agudo, nariz roja y ojos lacrimosos, lo abrumó a preguntas: ¿dónde aparecía el nombre de su hijo exactamente?, ¿qué había soñado su marido?, ¿era posible que de verdad se tratase de su hijo Sven?

La reacción no habría sido tan emotiva si hubiesen estado hablando de alguno de sus otros vástagos, pero con Sven se daba una circunstancia especial: al cumplir los nueve años, lo habían entregado a un matrimonio inglés que navegaba por el archipiélago en su embarcación de recreo. Los forasteros se habían enamorado por completo de la criatura y, con tal de llevarlo con ellos, prometieron hacerlo su heredero y darle una educación esmerada.

Eran grandes perspectivas las que se abrían para un niño de Grimön. Los necesitados padres llegaron a la conclusión de que, por el bien del chiquillo, debían aceptar la propuesta. Si lo obligaban a quedarse con ellos, no saldría nunca de allí ni tendría opción de prosperar. Y el muchacho rebosaba inteligencia: solían comentar a menudo que podría llegar a ser alguien solo con que tuviera acceso a una buena formación.

Diecisiete años habían pasado desde su partida y en todo ese tiempo no habían recibido noticia alguna de él. Ni una carta, ni un saludo. Como si se lo hubiera tragado el mar.

—¡Mira! —El marido le pasó el periódico a su mujer—. ¡Aquí, en la lista de los rescatados! ¿Lo ves? Sven E. Springfield.

—Sí, ya veo. Sven E. Springfield, sí, ahí está.

—No puede significar otra cosa que Sven Elversson Springfield. Su nombre de pila, nuestro apellido y el apellido de su padre adoptivo. Tiene que ser él.

La mujer se abrazó al periódico. En esos momentos se le antojaba que aquel hijo, al que había renunciado por voluntad propia, era para ella el más querido.

—¿Por qué no me has dicho desde un principio que la noticia nos atañía de cerca? —le reprochó a su esposo—. No estaba escuchando. Ahora tienes que contármelo todo otra vez.

Él la miró con expresión un tanto desconcertada. Su intención había sido referirle la historia completa antes de revelarle la implicación de su hijo en ella. Habría sido más fácil así, le habría permitido observar la reacción de su mujer y actuar en consecuencia.

No obstante, procedió a contarle a su esposa todo lo que quería saber y a explicarle las cosas que ella desconocía, como qué era aquello del meridiano 18 y demás. La madre, que iba enorgulleciéndose de su hijo a medida que avanzaba el relato, se preguntaba si acaso él y sus compañeros de expedición no habrían batiendo un récord al llegar más al norte que nadie con anterioridad. ¿Y de qué habían vivido después de perder el barco con todas las provisiones? El episodio de cómo

la expedición de rescate los había encontrado aquel verano en la costa de la isla de Melville, medio muertos de hambre, hubo de serle narrado una y otra vez a petición suya.

—¡Que tuviera que pasar por tantas penurias! No, nunca has de apartar a un hijo de tu lado —exclamó antes de reponerse y continuar con alivio:— ¡Pero ahora tendrá sin duda la felicidad y la fortuna aseguradas! Le lloverán medallas y condecoraciones.

No tardó en preguntar cómo había sido el recibimiento que se le había dispensado en Inglaterra a su retoño:

—Oh, millones de personas se han desplazado al encuentro de los aventureros —contestó Joel.

La angustia y la preocupación crecían en el interior del esposo. Lo que pasara a continuación dependía de su capacidad de escoger las palabras adecuadas.

—¡Quién hubiera estado allí! —exclamó ella—. Ojalá hubiera podido verlo pasar desde algún rincón de la calle.

—No hubieras tenido que quedarte en la calle —repuso él—. Dice el periódico que se fletó a propósito un barco de vapor para padres y parientes.

El rostro de la esposa perdió de pronto su alegre expresión de felicidad.

—¡Oh, Joel! No habría servido de nada haber ido hasta allí. Ni a ti ni a mí nos hubieran permitido subir a bordo de ese barco. Ella nos hubiese vetado.

Al decir «ella», la señora Elversson se refería a la mujer inglesa que se había llevado a su hijo: no le perdonaba que le hubiera impedido al niño escribirles a sus padres y, en su cabeza, la había convertido en un verdadero monstruo.

—Bueno, yo creo que sí nos habrían dejado ir a saludarlo —replicó él.

Lo cierto era que se alegraba de que su mujer se detuviera en esas naderías. Necesitaba tiempo para organizar sus pensamientos y encontrar la forma más suave de expresar aquello que tenía que revelarle.

«Nuestra vida en común a partir de ahora depende de esta conversación», se repetía para sus adentros, en un intento de agilizar sus premiosas cavilaciones.

—¡Eso lo dirás tú! —porfió ella alzando la barbilla—. ¡Cuando no nos ha dejado que recibiéramos ni una sola línea de él en todos estos años! Y supongo que él mismo tampoco nos tiene en ninguna estima. Ya era mayorcito cuando se fue, y bien espabilado, de modo que, si hubiera querido, podría habernos escrito a escondidas. Pero está claro que ella le ha metido en la cabeza que somos demasiado simples como para que un caballero como él nos preste atención.

Toda su alegría se había esfumado. Esos pensamientos que tan a menudo la atormentaran en el curso de los años volvían ahora con mayor fuerza.

—Bueno, debo admitir —concedió el marido—, debo admitir que es extraño que Sven no nos escribiera ni una sola vez. Y bien puede suceder que haya que reprochárselo a sus padres adoptivos. Hoy en la iglesia me han contado una cosa...

Su mujer permaneció en silencio, enmudecida por la indignación y el resentimiento.

«Dios, ¡qué mal va esto!», pensó él. «Si se pone de ese humor, estamos perdidos».

Decidió entonces agarrar el toro por los cuernos y hablarle del asunto que no quería sacar a relucir hasta que

su esposa estuviera preparada y de buen humor: no veía otra salida.

—El pastor ha recibido noticias de Inglaterra. Me llevó consigo a la casa parroquial para informarme. Fue él quien me dio este periódico.

—¡El pastor!

—Sí, quería hablarme de Sven.

—Bueno, ¿y qué? Me da igual. Teniendo en cuenta en lo que se ha convertido, ya no me importa lo más mínimo.

No obtuvo réplica alguna a este comentario. Se produjo un largo silencio que ella rompió al fin con una explosión de genio:

—¡Eres el ser más despreciable sobre la faz de la tierra! ¿Te parece bonito matarme de incertidumbre? ¿Qué te ha dicho el párroco?

—Una cosa acerca de Sven. Vendrá él mismo esta tarde a contártelo.

—¿El párroco en persona va a venir? ¡Pero qué demonios! ¡Y me lo dices ahora! —La mujer se levantó de un salto y dio a toda prisa unos pasos hacia la casa. Tenía que asegurarse de que las habitaciones estaban lo bastante limpias y ordenadas como para recibir visita. Instantes después, sin embargo, se detuvo en seco—: ¿Por qué va a venir aquí? Debe de tratarse de algo muy grave.

Clavó la mirada en su esposo, como para penetrarle en la cabeza y leerle el pensamiento, antes de continuar:

—¿El qué? ¿Que de estar tirado en el hielo, masticando correas, a nuestro hijo se le han bajado los humos? ¿Que quiere venir a visitarnos? Pues ahora a mí no me da la gana de verlo, que lo sepas. Si antes no éramos lo bastante buenos para él, ahora tampoco.

—Creo que será mejor que tengas cuidado con lo que dices, no sea que luego te arrepientas —le advirtió su marido.

En su fuero interno empezaba a enervarlo el temperamento ingobernable de su esposa, incapaz de tomarse nada con la misma templanza que él.

Ella, por su parte, había olvidado por completo su propósito de asear la casa. Las últimas palabras de Joel no podían significar otra cosa que lo que ella ya intuía.

—¿Qué noticias ha recibido el pastor? ¿Lo sabes?

—Algo sé.

—¿Fue él quien te pidió que me leyeras el periódico?

—Oh, no, creo que su idea era contártelo todo él mismo. Pero me pareció mejor prepararte un poco el terreno.

—¡Sí, mejor que no me haya pillado por sorpresa, porque entonces puede que le hubiera dado la bienvenida y lo hubiese invitado a pasar! ¡Y luego me habría subido por las paredes de rabia!

El hombre sintió la ira crecer dentro de sí. «Está dispuesta a arruinar toda nuestra vida futura», pensó. «No tiene enmienda, su carácter empeora con cada año que pasa».

—Creo que el párroco se alegrará al enterarse de que no sientes el más mínimo afecto por tu hijo. Así no le costará nada decirte lo que te tiene que decir.

—¿Cómo que no le costará nada? —preguntó su esposa con una aspereza aún mayor—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que parece que Sven ha caído en desgracia. La entrada en Londres el domingo pasado se celebró con todos los honores. El lunes también hubo fiestas y actos,

pero de repente todo cesó. Habían llegado rumores horribles acerca de lo ocurrido en la expedición.

A Thala se le quedó el rostro petrificado.

—¿Ahora me vas a decir que ha hecho algo malo? —masculló.

—Quitaron todas las flores y banderas, se cancelaron todos los actos previstos. El lunes los exploradores apenas podían pasar por las calles, tanta era la gente que acudió a aclamarlos como héroes; el martes solo querían echarlos a patadas y puñetazos.

La señora Elversson levantó la cabeza cada vez más alto.

—¡Qué me dices! —exclamó—. Quizá hubiera sido mejor para él quedarse con sus verdaderos padres...

—Has de saber —prosiguió él con voz más firme— que no es la primera vez que ocurre algo así en el norte. El hambre los hizo desvariar, los enloqueció, no sabían lo que hacían. En su desesperación, uno de los hombres se cortó el cuello. Y entonces...

—Ya, se lo comieron —concluyó ella con gesto gélido e impasible. Amargura y repugnancia infinitas la invadieron mientras pronunciaba estas palabras.

—Cuando lo hicieron no estaban más en sus cabales que los internos del manicomio —insistió el marido—. Además, según el periódico, no tomaron más que un brazo. No fueron capaces de seguir.

—¿Y Sven participó de aquello?

—Cuando ocurren cosas así, se intenta que todo el mundo participe. Lo obligaron a llevarse un trozo a la boca, como los demás. Pero eso fue todo.

—Claro —replicó su mujer con un indescriptible tono de desprecio—. Y ahora ya sé lo que el pastor

quiere decirme. Sven ya no es lo bastante bueno para su madre postiza, así que ella seguramente le ha pedido que nos convenza de que le permitamos volver aquí. ¿No es eso?

—Eso sería lo mejor que podría haber ocurrido —contestó él.

—¡Pues me niego! —exclamó la esposa—. Me niego en redondo. No va a volver con nosotros solo porque nadie más lo quiera a su lado. Se olvidó de sus padres cuando las cosas le iban bien; que no se le ocurra ahora pensar que vamos a acogerlo con los brazos abiertos. Seremos pobres, viejos y desvalidos, pero no aceptaremos a alguien que se ha ganado el rechazo de todos los demás.

Su esposo le dirigió una mirada llena de indignación e impaciencia. Mayor y débil como estaba, traer a casa un hijo en edad de trabajar se le antojaba el colmo de la dicha. La aversión que su mujer mostraba le parecía injustificada e infantil; su reacción, terca y mezquina.

«¡Espera y verás!», pensó. «Verás cómo te alegran las noticias que voy a darte».

—No me equivocaba —declaró con voz severa—: al pastor no le va a costar nada contarte lo decía la carta de Sven.

—¿Ah, es que no se trata de eso, entonces? —Su tono comenzaba a perder parte de la firmeza ante las evidentes cólera y desaprobación del marido.

Él volvió a mirarla con verdadera inquina.

—¿Quieres que te adelante lo que el párroco tiene que decirte o prefieres esperar a que venga? —Y sin aguardar respuesta, ávido por castigar la inclemencia de la madre para con su hijo, continuó—: Como ya sabes, sus padres

adoptivos viven en Londres y él había vuelto bajo su amparo. Pero cuando se difundió aquel ignominioso rumor, el señor Springfield hizo que subieran a la habitación de Sven el periódico en el que se mencionaba el asunto. Junto a él le mandó un revólver. Cargado.

—¿Y la madre? ¿Estaba ella al tanto de eso?

—Lo estaba.

—¿Y qué pasó entonces?

—Entonces, por supuesto, se hizo la voluntad de ellos.

—¿Así que... ha muerto?

—Sí —asintió su marido—. Ahora ya sabes lo que el párroco tiene que decirte.

—Ella... —exclamó la desamparada madre—. Ella, que no lo trajo al mundo, pero que lo ha tenido consigo durante diecisiete años, ¡ha permitido que se matase, sin ser él culpable de nada!

Acto seguido se volvió furiosa hacia su esposo.

—¡Mientes! ¡No es verdad!

—Eso mismo habría dicho yo hace una hora. No hubiese creído que una mujer pudiera ser tan implacable, pero ahora ya no me cabe la menor duda.

—¡Pero si no estaban solo sus padres adoptivos para ampararlo! ¡Nos tenía a nosotros!

—Quizá pensó que nos lo tomaríamos igual que ellos. Y no andaba del todo desencaminado.

La señora Elversson se alejó unos pasos y se desplomó en la gran roca. Las lágrimas le brotaban a raudales.

—¡Sven está muerto! —se lamentó—. ¡Sven está muerto! ¡Le tocó en suerte una madre con corazón de piedra que lo ha condenado a morir! —El llanto era incontenible. Con lamentos desgarradores prosiguió—: ¡Dios mío, ¿por qué lo entregamos a manos

ajenas? ¡Increíble que lo haya enviado a la muerte sin razón alguna! Fueron los demás compañeros de expedición quienes lo forzaron a hacerlo...

—Será mejor que te calmes un poco —la conminó entonces su marido—. El párroco acaba de llegar. Está ya desembarcando.

—¡Dile que lo sé todo! ¡Que dé media vuelta ya mismo!

—No puedo decirle eso después de que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí.

Él se levantó y marchó en dirección al embarcadero. Regresó tan solo unos instantes después, en compañía del pastor y de un joven que venía con él.

El primero se acercó a la desconsolada mujer:

—Joel me ha dicho que ya se lo ha contado todo, señora Elversson. Como usted sabe, su hijo Sven ha cometido un acto reprobable, de modo que ha sido repudiado por sus padres adoptivos.

La mujer se había levantado para saludar al pastor. Secándose aún los ojos con la punta del delantal y devastada por el llanto, vislumbró no obstante entre lágrimas al desconocido que lo acompañaba.

«Es Sven», le dijo una voz dentro de sí. «Es él».

Un millar de pensamientos la invadió. Comprendió entonces que Joel le había mentado, lleno de cólera al escuchar sus palabras acerbas y despiadadas. Pensó también que nunca podría olvidar la repugnancia que le provocaba el saber que su hijo había comido carne humana. Pensó en cómo Joel y ella iban a verse obligados a acoger en casa a una persona que nadie más querría a su servicio. Pero entonces, en medio de esas frías reflexiones, ante ella se apareció el rostro demacrado y pálido de su retoño, cuyos ojos le suplicaban

compasión, y una oleada de piedad y amor le recorrió las entrañas.

«¡Ay, Joel, Joel!», consideró. «Qué portento de persona. Cómo ha hecho que comprenda cuáles son mis verdaderos sentimientos. Ahora soy consciente de que, aunque este muchacho haya estado lejos de mí durante diecisiete años, aunque nos haya desatendido, aunque haya vuelto cubierto de ignominia, no puedo dejar de amarlo».

Sin contestarle al párroco, mientras los ojos de los hombres la seguían con inquietud, se acercó a su hijo y le dio la bienvenida con voz henchida de ternura:

—Ya sé por qué ha caído sobre ti la desgracia: para que tu padre y yo te recuperemos.